

en ella con toda tranquilidad; y en caso de haber sido vencido, él habria tenido que salir antes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinion del mejor General. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Feaco y no Nicias el que entraba en disputa con Alcibiades; pero los mas lo refieren de aquella manera.

Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos con la pretension de que los Atenieses enviaran una expedicion contra la Sicilia; mas sin embargo de que Nicias lo contradecía, aun antes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fue ya arrollado por las sugestiones, y sobre todo por la ambicion de Alcibiades, el cual con esperanzas habia ganado á la muchedumbre, y con sus discursos la habia alucinado: hasta tal punto que los jóvenes en las palestras, y los ancianos sentados en sus talleres ó en sus reuniones diseñaban el plan de la Sicilia, describian el mar que la rodea, y los puertos y sitios por donde mas se avecina al Africa. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los Cartagineses, y dominar en el Africa, y en todo aquel mar hasta las columnas de Hércules. Viéndolos pues con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos; pero halló muy pocos hombres de poder é influjo que se pusieran á su lado: porque la gente acomodada, por no dar idea de que huían de servir, y de contribuir para el armamento de las galeras, nada hicieron ó dijeron. Con todo no desistió ó se dió por vencido; sino que aun despues de resuelta la guerra, y de haber sido nombrado General juntamente con Alcibiades y Lamaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles á la vista los inconvenientes; y aun

excitó sospechas contra Alcibiades, indicando que con miras de ambicion y de su utilidad particular trataba de envolver á la república en una guerra difícil y ultramarina; pero estuvo tan lejos de adelantar nada, que antes teniéndole con esto por mas á propósito á causa de su inteligencia y de su nimia prevision, que contrastarian muy bien con la osadía de Alcibiades y la prontitud de Lamaco, dieron á su eleccion mayor firmeza: porque levantándose Demostrato, que era el orador que mas inflamaba á los Atenieses para aquella expedicion, dijo que él haria callar á Nicias; y escribiendo un decreto, por el que se daban á los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

Dícese que por parte de los Sacerdotes se propusieron tambien muchas cosas que contradecian aquella jornada; pero teniendo Alcibiades otros agoreros, presentó de ciertos oráculos antiguos uno, en que se decia que les vendria á los Atenieses grande esplendor de parte de la Sicilia; y ademas le vinieron ciertos adivinos de Júpiter Amonio, trayéndole un oráculo, por el que se prometia que los Atenieses se apoderarian de todos los Siracusanos; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomasen á mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenian las señales mas visibles y manifiestas, como la mutilacion de los Hermes, que á todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes del rostro, á excepcion de uno solo llamado de Andocides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto á la casa en que Andocides habitaba entonces; y como la atrocidad ejecutada en el ara de los doce Dioses, la cual consistió en que un hombre se subió repentinamente sobre ella, y abriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos habia una estatua de oro de la Dio-

sa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas de los despojos tomados á los Medos: á esta pues la picotearon por varios dias unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron á picotazos y lo echaron al suelo; pero ellos decian que esto era invencion de los de Delfos, ganados por los Siracusanos. Prescribióseles en aquella misma sazon por un oráculo que trajeran de Clazomene la Sacerdotisa de Minerva; y enviándola á buscar, se halló que su nombre era *Hesuquia*, que significa quietud; y en esto parece que el buen Genio de Atenas aconsejaba á aquellos ciudadanos que por entonces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, ó bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Meton, á quien se habia dado entonces cierto mando, fingió dar fuego á su casa, como que estaba loco: aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió á los ciudadanos que en atencion á tan grande desventura eximieran de la expedicion á su hijo, que estaba nombrado Capitan de galera para pasar á Sicilia. A Sócrates el sabio le anunció su Genio, por los medios que tenia de costumbre, que aquella expedicion se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió á sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos eran tambien motivo de inquietud los dias en que salió la armada, porque celebraban las mugeres las fiestas de Adonis; y por todas partes se veian tendidos por las calles sus simulacros, y junto á ellos exequias y llantos de mugeres; por lo cual los que dan importancia á estas cosas se mostraban disgustados, y temian no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entonces tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

El que Nicias se opusiese á la expedicion proyectada, sin dejarse seducir de lisongeras esperanzas, y que no mudase de dictamen deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede menos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero despues cuando habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo; sino que mas bien este, como que le cogió de la mano y por fuerza, le puso al frente de aquellas tropas; entonces ya no era tiempo de detenciones é irresoluciones; indisponiendo á sus colegas, y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atras desde la nave, y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenia era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos á probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fue contradecir al dictamen de Lamaco, que queria se marchara directamente á Siracusa, y que en sus inmediaciones se diera una batalla; y tambien al de Alcibiades, que tenia por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos; y logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la orden de que recorriendo con las naves la isla se hiciera ostension de las tropas y del número de galeras, y se volviesen despues á Atenas, dejando una pequeña guarnicion á los Segestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales, y les infundió grande desaliento. Llamaron de alli á poco los Atenienses á Alcibiades para ser juzgado; y entonces, aunque fue designado segundo General; en el poder quedó de primero, y siempre continuó ó estándose quieto, ó teniendo en movimiento las naves, ó juntando consejos, dando lugar á que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan poder-

rosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibiades bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa; pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera á la vista del puerto, y solo con diez penetraron adentro con el objeto de hacer un reconocimiento; y mientras por medio de un heraldo llamaban para que volviesen á su casa á los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducia unas tablas, en las que los Siracusanos se habian inscrito á sí mismos cada uno en su tribu; y puestas lejos de la ciudad en el templo de Júpiter Olimpio, entonces las habian enviado á buscar para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron á los Generales, y al ver aquel inmenso número de nombres, se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo cuando decia: «Los Atenienses se apoderarán de todos los Siracusanos:» aunque otros dicen que este oráculo habia tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniese, dando muerte á Dion, se apoderó de Siracusa.

Después que Alcibiades regresó de la Sicilia con unos pocos, toda la autoridad fue ya de Nicias; pues aunque Lamaco era hombre de valor y justificación, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedición se veian precisados los Atenienses á admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y así Nicias, ya por otras causas y ya tambien por su riqueza y por la gloria que habia adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase por tanto que celebrando en una ocasion consejo de guerra, dió orden al poeta Sófocles para que como el mas anciano de los Generales diera el primero su dictamen; y este le respondió, yo bien soy el mas viejo; pero tú eres el mas anciano. De esta manera

teniendo bajo de sí á Lamaco, sin embargo de ser mejor General que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero con recorrer la Sicilia lejos siempre de los enemigos dió á estos mucho aliento; y después con haber acometido á Hibla, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor desprecio. Finalmente se retiró á Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar á Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caido cautiva la célebre ramera Lais todavía mocita, y que vendida con los demas esclavos fue llevada al Peloponeso.

Al fin del verano como entendiese que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos á acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia á su campamento, preguntando si habian venido á aumentar los habitantes de Catana, ó á restituir á sus casas á los Leontinos, determinóse Nicias no sin repugnancia á marchar á Siracusa. Quería sentar con seguridad y sosiego su campamento; y para ello envió cautelosamente desde Catana un hombre que avisara á los Siracusanos de que si querian encontrar desierto el campo de los Atenienses, y tomarle con cuanto contenia, acudieran con todas sus tropas á Catana el dia que les prefijó; pues que no saliendo por lo regular los Atenienses de la ciudad, tenian pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venian, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego á la escuadra: siendo muchos los que estaban en ello, no aguardando mas que su llegada. Este fue el golpe de maestro que Nicias dió en Sicilia: porque sacando con esta estratagemata todas las tropas de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos, y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba ha-

cerles libremente la guerra con lo que le daba ventajas. Despues quando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió subitaneamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Rompió entonces Nicias y derribó los puentes; lo que hizo decir á Hermócrates para dar ánimo á los Siracusanos: „ ¡ridículo General es este Nicias, que busca medios para no pelear, como sino hubiera sido enviada á pelear su expedicion! ” Con todo fue tan grande la sorpresa y el miedo que causó á los Siracusanos, que en lugar de los quince Generales que entonces tenian, eligieron tres, asegurándoles el pueblo con juramento que les dejaria obrar con las mas plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Júpiter Olímpio, y los Atenienses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias de intento lo fue dilatando y dejando para otro dia, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnicion, por pensar que si los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningun provecho habia de resultar de ello á la república, y sobre él vendria á recaer la nota de impiedad. Ningun partido sacó de una victoria tan celebrada; y pasados pocos dias se retiró á Najos, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército, y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos Sicilianos de los que habian abrazado su partido. Con esto los Siracusanos cobraron otra vez ánimo, y dirigiéndose á Catana, talaron el pais, é incendiaron el campamento de los Atenienses; y de esto todos ponian la culpa á Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en precaverse se le iba el tiempo malogrando las ocasiones; pues lo que es sus hechos nadie los reprehendia: siendo despues de determinarse activo y

pronto; pero para decidirse muy detenido y cobarde.

Luego que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto, y fue tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido á Tapso con la escuadra, y haber alli saltado en tierra la tripulacion; ni tampoco de que él mismo se habia adelantado hasta el punto de Epipolas, y le habia tomado; en seguida de lo cual venció á lo mas escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que mas que todo admiró á los Siracusanos, y se hizo increíble á los Griegos, fue haber corrido en muy poco tiempo un muro al rededor de Siracusa, ciudad de no menor extension que Atenas, y que por la desigualdad de su terreno, por su inmediacion al mar, y por las lagunas que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalada con tan dilatada muralla. Pues con todo faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo, que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente á tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones; al que debe con razon atribuirse que aquel trabajo no se hubiese concluido. No puedo pues admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo, y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron; puesto que Eurípides, despues de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio:

Ocho victorias los que aqui descansan
De los Siracusanos alcanzaron,
Mientras plugo á los dioses de ambos lados
En igualdad perfecta mantenerse.
Y no ocho victorias solas, sino muchas mas todavia
se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos; antes que, como es cierto, se hubiese hecho por los dioses y por la fortuna oposicion á los Ate-

nienses, cuando habian llegado á la cumbre del poder.

Haciéndose pues violencia acudia Nicias á cuanto se ofrecia; pero habiéndose agravado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes; y en tanto mandando el ejército Lamaco hacia frente á los Siracusanos, que construian desde la ciudad otra muralla por delante de la de los Atenieses para impedir los efectos de su circunvalacion. Por lo mismo que los Atenieses estaban victoriosos, solian desordenarse al seguirles el alcance; y habiéndose quedado en una ocasion casi solo Lamaco, aguardó á la caballería de los Siracusanos que le cargaba. Era el primero en ella Calicrates, buen militar y de mucho aliento; y como provocase á Lamaco, fuese este para él, y pelearon en singular batalla; en la que fue primero herido Lamaco, y al herir despues este á Calicrates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron á correr hácia el muro de los Atenieses, en el que habia quedado Nicias sin tener casi á nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la necesidad y de la presencia del peligro, mandó á los que tenia cerca de sí que á cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas y á las máquinas mismas les pegaran fuego. Sirvió esto para contener á los Siracusanos, y salvó á Nicias con la muralla y los efectos que allí tenian guardados los Atenieses: porque viendo los Siracusanos á la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos quedó Nicias único General, y se formaron grandes esperanzas: porque se pasaban á su partido las ciudades, y eran muchos los barcos cargados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos á aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que aun le habian llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de

poder sostener la ciudad. Asi Gilipo, que de Lacedemonia venia en su auxilio, luego que en el curso de su navegacion supo como se hallaban cercados, y la escasez que padecian, continuó su viage en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba mas que hacer sino conservar en la alianza á los Italianos y sus ciudades, si aun para esto llegaba á tiempo. Porque las voces que corrian eran de que todo estaba ya por los Atenieses, y que tenian un General invencible por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente con esta prosperidad á ser confiado contra lo que llevaba su natural; y teniendo por cierto, ya por su demasado poder y ventura, y ya mas principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que para ser suya la ciudad apenas le faltaba mas que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observacion: asi con desatenderle y despreciarle, dió lugar á que sin tener él la menor sospecha aportase en una lancha á la Sicilia, donde estableciéndose lejos de Siracusa, reclutó mucha gente sin que los Siracusanos lo supiesen, ni siquiera le esperasen. Por tanto ya se habia convocado para junta pública con el objeto de tratar de la capitulacion con Nicias; y algunos se encaminaban á ella, pareciéndoles que debia hacerse el tratado antes que del todo fuese circunvalada la ciudad: porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y aun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

Quando se hallaban en este conflicto llegó Gonguilo de Corinto con una galera; y corriendo todos á él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momento á otro, y aun venian mas fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relacion de Gonguilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan á unirse con él.

Cobraron pues ánimo, y tomando las armas apenas llegó Gilipo, sin detencion marchó en orden de batalla contra los Atenieses. Formó tambien Nicias contra ellos, y entonces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo á los Atenieses diciéndoles, que les daria permiso para retirarse con seguridad de la Sicilia; á lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose á reír, le preguntaron, ¿si por haberse presentado una capa y una vara Lacónicas habia de repente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar á los Atenieses, que á trescientos mas valientes que Gilipo y con mas cabellera, teniéndolos en prisiones, los habian vuelto á los Lacedemonios? Timeo refiere que los mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio á Gilipo: á la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sórdida, y cuando al principio se presentó, porque hacian irrision de su capa y de su cabellera. Dice ademas, que apenas se apareció Gilipo volaron muchos á él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos á hacer la guerra; lo que es mas cierto que lo que antes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquella vara la señal distintiva y la dignidad de Esparta; y esto fue obra de solo Gilipo, como lo dice Tucídides, y tambien Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenieses, habiendo dado muerte á algunos Siracusanos, y al Corintio Gonguilo; pero al dia siguiente hizo ver Gilipo quanto puede la inteligencia y pericia militar; porque con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formacion, venció á los Atenieses, que en fuga se retiraron á su campamento; y habiendo puesto á trabajar á los Siracusanos, con las piedras y materia-

les que aquellos habian allegado, continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallon de los Atenieses; de modo que aun con vencer nada adelantarian. Alentados con esto extraordinariamente los Siracusanos tripularon sus galeras, y recorriendo el pais con su caballería y la de los aliados, atraieron á muchos. Dirigiéndose tambien Gilipo á las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias entonces volviendo á su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza que los negocios habian tenido, cayó de ánimo, y escribió á los Atenieses pidiendo que le enviaran otro ejército, ó retiraran aquel de la Sicilia; y en cuanto á sí rogó que le exoneraran del mando á causa de su enfermedad.

Aun antes de esto habian intentado los Atenieses enviar nuevas fuerzas á Sicilia; pero por envidia de la prosperidad con que la fortuna habia hasta aquel punto lisongeadó á Nicias, lo habian ido dilatando; mas entonces se apresuraron á mandar los socorros. Estaba dispuesto que pasado el invierno marchara Demóstenes con un poderoso ejército; pero entretanto en el rigor de aquella estacion dió la vela Eurumedonte, llevando caudales, y la designacion de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que allí hacian la guerra; los cuales eran Eutudemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente por mar y por tierra la suerte de los combates; y aunque al principio tuvo en el mar algun descalabro, con todo rechazó y echó á pique muchas de las naves enemigas; pero por tierra, no habiendo podido por sí mismo adelantar sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo, y tomó á Ple-murio, donde hallándose los efectos de arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se apoderó, dando muerte á no pocos, y haciendo á otros cautivos; pe-

ro lo mas fue haber quitado á Nicias la proporcion del acopio de viveres: porque este era sumamente seguro y pronto por Plemurio, ocupándole los Atenienses; pero desposeidos de él, además de ser difícil, no podia hacerse sino á fuerza de continuos combates con los enemigos, que tenian surta allí su armada. Aun la victoria contra esta no pareció haberse conseguido de poder á poder, sino por haberse desordenado cuando seguia el alcance: así volvieron á presentarse en actitud de pelear mejor preparados que antes; pero Nicias no queria aventurar otro combate naval, diciendo que seria gran necedad estando aguardando tan brillantes tropas de refresco, como eran las que á toda priesa conducia Demóstenes, querer arriesgarse á una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutdemo, que acababan de ser elevados al mando, se habia apoderado cierta envidia y emulacion contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algun hecho notable antes que llegase Demóstenes y oscurecer si podian á Nicias. El pretexto sin embargo era el zelo por la gloria de la república, la que decian pereceria y se anublaria del todo, si mostrasen temer á los Siracusanos, que los provocaban á batalla; con lo que le obligaron á combatir. Engañados con una estratagemata por Ariston, piloto de Corinto, fue destrozada enteramente su ala izquierda, segun escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobre manera Nicias con este infortunio; pues si mandando solo ya habia empezado á caer, ahora los colegas le habian precipitado.

Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto tan brillante con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable á los enemigos, trayendo en setenta y tres galeras cinco mil infantes, y entré tiradores de armas arrojadas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las

naves, y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir á aquellos terror. Volvieron por tanto los Siracusanos á concebir los mayores rezelos, viendo que sus trabajos no tenian término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró de otra parte á Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas: pues apenas entró en conferencia con Demóstenes, cuando le vió resuelto á que al punto se acometiera á los enemigos; y sin perder momento se pusiera todo al tablero, para tomar á Siracusa y volverse á casa; de lo que concibió gran temor; y maravillado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperacion y sin maduro consejo. Decíale que la dilacion era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes, y no podian contar con que los auxiliares se mantuvieran á su lado largo tiempo, y que si de nuevo sentian los apuros de la escasez y la hambre, acudirian á él como antes con proposiciones de paz. Porque habia no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos á Nicias, y le inclinaban á permanecer, á causa de que aquellos habitantes padecian mucho con la guerra, y no podian aguantar á Gilipo: y á poco que la miseria se aumentase, enteramente habian de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacia Nicias mas que indicarlelas, no teniendo por conveniente decirlas á las claras, dió motivo á los colegas para que le trataran de irresoluto, diciéndole que ya volvia á sus precauciones, á sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino procrastinando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiciesen al dictamen de Demóstenes, al cabo convino tambien Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo De-

móstenes por la noche las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epipolas á algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, les dió muerte; y á otros que se defendieron los desbarató; mas aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante hasta que dió con los Beocios: porque estos fueron los primeros que animándose unos á otros, y corriendo á los Atenieses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte á muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusion y terror en todo el ejército, llenando de él el que huía al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometía en la que se retiraba despavorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huían eran perseguidores, y tratando á los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusion, acompañada de miedo y de la falta de conocimiento; y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente oscura, ni tenía una luz cierta, como era preciso estando ya para ponerse la luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerse los semblantes, con miedo del enemigo hasta el propio se hacia sospechoso, cayendo los Atenieses en la situación y perplejidad mas terrible. Avínóles tambien el que tenían la luna por la espalda, con lo que enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas; cuando en los contrarios el resplandor de la luna que daba en los escudos, hacia que parecieran en mayor número y con ventaja. Finalmente cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos luego que cedieron, unos fueron muertos por estos en la fuga, otros perecieron á manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el día, los acabó la caballería: habiendo sido

dos mil los que murieron; y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

Habiendo recibido Nicias este golpe muy contra su esperanza, se quejaba de la precipitacion de Demóstenes; y este, despues de haber pretendido excusarse, fue de parecer que debian retirarse cuanto antes, pues que ya no habian de venirles nuevas fuerzas; ni con aquellas podian vencer á los enemigos; y aun cuando los vencieran, siempre habia de ser preciso abandonar aquel terreno, contrario y enfermizo en todo tiempo, segun se les informaba, para un campamento, y entonces mortífero, como lo estaban viendo: porque se hallaban á la entrada del otoño, tenían muchos enfermos, y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias á la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese á los Siracusanos, sino porque temia mas á los Atenieses, sus juicios y sus calumnias: porque aqui, añadió, no espero nada de muy adverso; y aun cuando sucediera, quiero mas recibir la muerte de los enemigos, que no de mis conciudadanos: al contrario de como pensó mas adelante Leon Bizantino, que dijo á los suyos: mas quiero morir de vuestra mano, que con vosotros. En cuanto al punto y pais adonde trasladarian el campamento, dijo que ya deliberarian con mas sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le habia salido tan mal su primer dictamen, no insistió mas en el que proponia; y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias por esperar y confiar en los de adentro resistia el embarque con tanto teson, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se encruelciese la enfermedad en los Atenieses, entonces aun Nicias condescendió en la retirada, y dió orden á los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

Quando todo estaba á punto, sin que ninguno de